

---

---

# Identidad étnica y recuperación cultural

---

---

*Nicolás Matayoshi*

En el área andina peruana, el carácter predominantemente rural de la producción material ha condicionado su producción cultural, sus relaciones sociales, económicas, etc. Nosotros hemos realizado experiencias de investigaciones referidas fundamentalmente al desarrollo de propuestas tecnológicas, extenpara el desarrollo y hemos derivado hacia la necesidad de reorientar la función de la escuela en alternativas de desarrollo.

Vivo en el Valle del Mantaro, situado a 3.100 metros sobre el nivel del mar. Es un extenso valle poblado de retamas (*Cassia frutícola*); donde habitan más de cien comunidades campesinas y tres ciudades con una población estimada de medio millón de habitantes.

Entre los altos eucaliptus (*Eucalyptus globulus*) proliferan las escuelas. Los niños campesinos, con sus uniformes grises, recorren senderos y cruzan los sembríos para llegar a tiempo. Pero los días lunes, generalmente, quien llega tarde es el maestro rural, además, es el primero en salir el día viernes para llegar más pronto a la ciudad. Estos niños, con desayunos frugales y viejas penurias, regresan a sus casas para enfrentarse a un mundo diferente al de la escuela.

Recuerdo que en una comunidad en zona ganadera, el maestro explicaba a sus alumnos, las partes internas de los ovinos, un curioso animal productor de lana, hervíboro, mamífero, de pezuñas partidas, etc. Los niños, atentos, miraban el gráfico de la pizarra. De pronto, como recapitulando la lección, el maestro preguntó a uno de ellos, si había entendido la explicación. El niño contestó afirmativamente. En ese mismo momento, pasaba un pastor llevando una "punta" de la hacienda. "Ahí están los ovinos!", exclamó entusiasmado el maestro; el niño, aún de pie le respondió: "Esos son pachos, profesor!".

Cuando desarrollábamos nuestras investigaciones pudimos comprobar que algunos profesores habían prohibido el uso del idioma nativo, el huanca-shimi, un dialécto quechua o proto-quechua. La razón fundamental era que el maestro desconocía dicho idioma y temía ser objeto de malidencias por parte de sus alumnos, que hiciera que le perdieran el respeto y su autoridad; también nos encontramos con profesores que enseñaban a sus alumnos algunos elementos de formación política; un grupo de niños, por ejemplo, me cantaron una canción bastante conocida en las ciudades, con la letra alterada: "Argentina

con el Che Guevara, Cuba con Fidel Castro, México con su Zapata; nosotros los peruanos con Luis de la Puente Uceda".

Al margen de las simpatías que pueden causar estos personajes, estos maestros no tenían otros caminos para enseñar a sus alumnos; la educación "banca" de Frei continuaba vigente, a pesar de los distintos objetivos políticos. Por ese entonces habíamos ensayado aplicar "Teatro popular", con grupos urbanos bien intencionados que recorrían las comunidades llevando su arte; trabajamos también, con periodismo escolar rural y periodismo comunal rural; utilizamos círculos de reflexión, elaboramos seminarios de capacitación campesina, etc.

El resultado era el mismo, la dinámica del desarrollo de las sociedades andinas continuó por el mismo camino. Muchachos con quienes trabajamos, se fueron a trabajar a las minas, a otros, los encontré en las ciudades. Después de algún tiempo, volví a las comunidades donde habíamos realizado algún trabajo. Nuevamente éramos desconocidos, sólo los habitantes permanentes nos reconocían y algún que otro niño, recordaba

vagamente al extraño visitante que trabajaba con la escuela.

**E**n esos tiempos nos hicimos una seria autocrítica. Todo nuestro trabajo había tenido muy poco utilidad. La dependencia de la comunidad campesina hacia el “promotor cultural” era demasiado evidente. Mientras estábamos, aún forzando la situación, se podía establecer grados de participación; pero éstas no funcionaban con autonomía campesina, dependía fundamentalmente de nuestra permanencia.

Entretanto, las casas continuaban siendo las mismas, los hábitos productivos eran los tradicionales, el grueso de migrantes crecía, las casas abandonadas aumentaban, los rostros infantiles eran diferentes y sólo permanecían inalterables, la misma pobreza en la misma gente estable.

¿Por dónde comenzar a desatar el nudo? Hablamos sobre la organización campesina y su fortalecimiento; encontramos que en algunas comunidades ya tenían una tradición organizativa: habían pertenecido a movimientos comunales en la década del cincuenta, fueron miembros de las Ligas Agrarias en la década del setenta y ahora, con comités de desarrollo para Cooperación Popular estatal u organizaciones de base para la Confederación Campesina del Perú. Pensamos que una organización campesina debiera ser libre y que responda a los intereses del campesino, pero esto no se da lamentablemente en envergadura nacional y con el consenso de cada uno de los campesinos, a pesar de que existen con esos fines la Confederación Nacional Agraria y la Confederación Campesina del Perú.

Quizás, la solución fuera dinamizar las fuerzas productivas, crear centros productivos de alta rentabilidad, realizar con ellos ciclos de capacitación y de Educación Popular. Entonces evaluamos dos proyectos de desarrollo ya ejecutados. El primero, un proyecto de irrigación con cuatro comunidades socias en los terrenos de la Sociedad Agraria de Interés Social “SAIS Cahuide”, al sur del valle; la versión llegada hasta nuestros oídos fue que dicho proyecto se ha convertido en una empresa de corte capitalista, con poco beneficio para las comunidades socias, que no se ha impedido la migración, etc. El otro caso, es el de una comunidad socia de la SAIS Tupac Amaru, empresarialmente renta-

ble, que otorga dividendos a las comunidades socias; este dinero ha servido para ampliar las fuentes de trabajo, existe una fábrica de gaseosas, una piscigranja, una granja lechera, etc. Según los libros de contabilidad, es una comunidad ejemplar. Sin embargo, una de las promotoras se quejaba de que para lograr la participación de la comunidad era necesario obligarles con la “multa” de quitarles la cuota semanal de leche, leche que era transformada en queso y vendida en los mercados. “Es, quizás —concluimos— la única fuente de ingreso fuera de su propia producción parcelaria”. En esta comunidad, los migrantes eran temporales, de modo que no perdían su situación de miembros de la comunidad y podían seguir recibiendo la cuota de leche.

La organización empresarial, potencialmente, nos parecía una alternativa adecuada, siempre y cuando esta organización respondiera a los intereses campesinos.

Conversando con muchos campesinos, nos afirmaban tener hijos estudiando en la escuela comunal o en los colegios de la ciudad. Decían que sus hijos ya no iban a ser tan ignorantes como ellos, que iban a progresar.

En el valle del Mantaro existen organismos privados de promoción que abordan un sinnúmero de problemas campesinos: alfabetización, tecnología

popular, salud comunitaria, asistencia legal, crediticia, capacitación social, apoyo a obras de infraestructura, etc. Todos ellos obviaban al niño en edad escolar. Recientemente han incorporado a la mujer en sus proyectos de desarrollo; es una mujer que debiera ser consciente, según se puede observar, en planificación familiar y economía doméstica.

Asimismo, los organismos estatales se comportan como propagandistas de la agro-industria y de los grandes co-

merciantes: producir para el mercado. Con un lenguaje altamente indescifrable, las propuestas de desarrollo se encausan dentro de un régimen de producción capitalista en el agro.

**F**rente a la abrumadora presencia de técnicos y promotores “cultos”, el campesino ha perdido totalmente la confianza en sus propios conocimientos, sin embargo, en sus prácticas productivas, continúa aplicándolos, lamentablemente, la racionalidad entre práctica productiva y conocimientos se encuentra en franco proceso de deterioro. “Antes, dice, mirando a los animalitos se sabía si iba a caer la helada”; son comentarios frecuentes de algunas personas que añoran el pasado. “Antes daban unas papas así, sin abonos químicos”, grafica uno de los pocos extensionistas que aplican el control integrado de plagas.



*“¿Para qué  
les voy a enseñar  
a trabajar la tierra,  
si cuando sean grandes  
van a vivir en la ciudad?”*

¿Por qué no ahora?, hemos preguntado decena de veces. Porque ahora ya nadie sabe. A la juventud ya no le importa. Sólo los viejos quedamos en la comunidad. Ya no hay respeto a la autoridad comunal. El ingeniero dice que esas cosas son mentiras. Yo siembro sin química para mi consumo y otro para vender.

Todas estas afirmaciones nos aproximaron a los niños, a la gente joven. Con los primeros, iniciamos contactos haciendo dobleces de papel, "origami". Luego, intercambiábamos cuentos y comprendimos sus aspiraciones: la comunidad ya no era la solución de sus vidas. Todo lo que aprendían en la escuela no era aplicable en su comunidad. Muchos padres, viendo el ascenso social de los migrantes que vienen al pueblo los días de fiesta patronal; decían "mi hijo ya no va a ser agricultor" y ellos mismos, avergonzados de su propia cultura, ya no transmitían el conocimiento de sus padres y abuelos. ¿Para qué les voy a enseñar a trabajar la tierra, si cuando sean grandes van a vivir a la ciudad?". Sólo sobrevivían los cuentos infantiles, contados antes de que vayan a la escuela. Sólo entendían el idioma materno, como les enseñaron desde que nacieron y desde que frecuentaban a la escuela, "entendían, pero no podían hablarlo". Algunos jóvenes, a quienes pudimos aproximarnos más, confesaban sinceramente que no podían hablar el idioma nativo, aunque podían traducir correctamente lo que escuchaban.

Todas estas aproximaciones nos dieron una pista, un camino por donde continuar nuestro trabajo; pero sabíamos tan poco del universo cultural campesino. Comenzamos a hurgar libros, problematizamos la realidad cultural andina y pudimos comprobar que las versiones de "literatura folklórica", eran versiones "adornadas" con giros literarios, en algunos casos, con el barroco verbal español. Las interpretaciones, basadas en presupuestos teóricos muy meditados, con un extraño lenguaje al que el común del pueblo no podría llegar a entender, y por cierto, servían para aumentar la distancia entre "cultura oficial dominante" y cultural popular.

Las verdades campesinas eran "mitos, supersticiones, leyendas, folklore", las actividades campesinas eran "artesanía-artística, prácticas productivas-precapitalistas, ritos y costumbres folklóricas, etc.". Frente a la "verdad occidental", donde la "religión, la ciencia, la

historia, las artes, etc." eran categorías verdaderas e inmutables.

Términos como "panteísmo, hierofonías, mundo andino, campesinado", etc, tenían un tono clasista, de subordinación a las actividades populares frente al mundo occidental, invariablemente, una visión de la clase dominante -y su ideología- al universo ideológico-cultural campesino. En el fondo, un raro acento segregacionista frente a la identidad étnica del pueblo.

Creímos, entonces, necesario aprender las verdades del pueblo; reprimir nuestros normales impulsos de ofrecer nuestra "verdad" y considerar, como elemento verdadero lo que el pueblo manifiesta como tal.

*"Una organización campesina debiera ser libre y responder a los intereses del campesino".*

**E**n un principio fue difícil, no es fácil aceptar, por ejemplo, que una cabeza desprendida del cuerpo de una persona viva, pueda vagar por las noches, recorriendo callejas y asustando a la gente. Esta era una verdad, y cuando lo contaban, certificaban su objetividad. ¿Falso o verdadero? nuestra racionalidad cartesiana rechazaba la posibilidad, pero si analizamos autocriticamente cuánto de racionalidad fantástica y mágica tiene la ciencia "occidental", vemos que los parámetros no son muy diferenciables, por ejemplo, la teoría del origen del universo, o del hombre. La relatividad de los argumentos, sin embargo, no dejaban de tener su función social, la autorregulación de la conducta comunitaria estaba plagada de elementos culturales que a simple vista parecían historias fantásticas totalmente falsas. Podíamos teorizar desde la perspectiva "científica", sobre la cultura andina, pero continuaban siendo verdades del pueblo, muy a pesar nuestro.

Dijimos "recuperación de los valores culturales populares y devolución crítica" ¿bajo qué parámetros? ¿Cuál era

la medida exacta para esta devolución crítica? Entrevimos a esbozados estirpadores de idolatrías, que bajo la cubierta de una opción popular, perseguían la desnaturalización del universo ideológico andino. Un universo por demás, que le ha permitido mantener su cohesión social, donde la resistencia cultural permitió durante cuatrocientos años, su supervivencia como entidad étnica.

Los jóvenes, aquellos próximos a migrar, eran los que menos elementos culturales comunitarios tenían. Las verdades campesinas, para estos jóvenes, o eran totalmente desconocidos o anteponian la frase "eran los cuentos de la gente ignorante". Y en el mismo bolso, iban los conocimientos concretos de las hierbas medicinales, de las prácticas agrícolas, del conocimiento del exosistema, de la organización comunal, de la memoria colectiva, etc.

Un complejo de inferioridad frente a su propia identidad étnico-cultural, recorre los espíritus de un pueblo que pudo resistir cinco siglos de agresión colonial. Los valores capitalistas, actuando como disolventes culturales, están logrando en poco tiempo, lo que los misioneros catequistas, ni los exterminadores feudales pudieron lograr en tanto tiempo.

Y como avanzada catequizadora, los maestros rurales.

Y como son las cosas, fueron las comunidades quienes construyeron las escuelas, hicieron largos trámites para que llegue un maestro, así como ahora piden centros de salud y sanitarios, era el pueblo quien lo reclamaba.

No hay ningún campesino, en la actualidad, que trate de desaparecer la escuela de su comunidad; y el maestro viene con su equipaje de exigencias y requerimientos. Primero, las cuotas para la Asociación de Padres de Familia, pro mejoras de la escuela: luego, uniformes y útiles escolares. En muchos hogares, la única ropa decente que tiene el niño es el uniforme escolar. Y bien, desde la capital de la república, un grupo de estudiosos, basados en las últimas teorías educativas, elaboran textos escolares, pautas metodológicas, modelos de planes y programas escolares, etc. Los ministerios se apresuran a implementar las resoluciones ministeriales: el de Educación con mayor razón.

Las clases comienzan en abril de ca-

*“La moda en el campo es reproducir la ciudad en la comunidad”.*



da año. Cientos de miles de niños, entonan el Himno Nacional y el director de la escuela pronuncia un discurso de apertura. Los niños que recién ingresan, miran asustados las cuatro paredes del salón y sobre una pizarra vieja, las últimas letras del año anterior. Durante el resto del año, siguiendo las mismas pautas del año anterior, los niños comenzarán a recibir lecciones que jamás encontrarán en el calor del fogón, cuando los mayores, después de la jornada de trabajo, comienzan a comentar los sucesos del día, en algunos fogones, los cuentos para prolongar el calor de las brazas sobre la piel que se escarapela con los cuentos de espíritus errantes.

Así se comienza; ya no es el huayno, esa canción “vernacular” de sus mayores, ahora, cantar “Los pollitos dicen pío, pío,” confiere un status de escolar.

Afuera, en las horas de merienda, una señora vende caramelos, pan dulce, a veces, plátanos y naranjas. En la pensión de otra señora, se reúnen los maestros para “cortar la mañana” con un vaso de cerveza.

Lejos de ahí, en la chacra, una campesina lleva a sus vacas para que acaben con los rastros de la cosecha temprana. Un hombre conversa con otro sobre la posibilidad de ir a la ciudad para comprar fideos, harina, azúcar, sal y cajitas de caldos concentrados, para abastecer su tienda. Un camión, cargado de cer-

vezas para la comunidad, sale con sacos de zanahorias recién cosechadas. Es el mundo moderno de niños que vadean las tremendas zanjas por donde pasará la red de desagüe, sombreada por el techo de una casa que cuenta con una antena de televisión.

Cuando los niños crecen, parados en las esquinas, ensayan fumarse un cigarrillo; entonces, de acuerdo con la moda, cantan la canción más popular de la radio. “Ya no hay respeto a los mayores”; dice una señora que vende la cebada, limpiando la paja con el viento de la tarde. Los muchachos se rien. ¿Qué conversarán?. Escuchen a un grupo de muchachos de ciudad y no encontrarán mucha diferencia.

Cuando la escuela ha penetrado, el resto de medios de comunicación de masas, desde la radio hasta el libro, tienen acceso libre. Mientras esto no sucede, el único soporte cultural es el cuento de los mayores, las enseñanzas cotidianas en el trabajo, la comunicación de boca a oído, de oído a boca. Pero a medida que todo “progresá”, ya la palabra carece de prestigio, es necesario que se lea, que esté escrito en letras de molde bellamente impresas. Es curioso, pero en una comunidad pedíamos una historia acerca de una cruz de piedra que estaba delante de la iglesia; según cuenta la tradición, ahí castigaban a aquellos que cometían faltas morales reñidas por la moralidad comunal. Hoy en día, cuando

uno les pregunta su historia, le dicen “en el libro “. . .”, está escrito. Casualmente, cuando recién nos aproximábamos a las comunidades, con nuestra inexperiencia, fuimos premunidos de una grabadora para recoger la historia de una piedra que tiene el perfil de una muchacha. Palla Huarquina, se llama. Llegamos a la comunidad vecina, buscamos a las autoridades para entrevistarlos, nos remitieron a una persona muy bien enterada que nos contó con detalles precisos, la famosa historia. Cuando le preguntamos sobre la fuente, queriendo averiguar quién era el que le había contado, nos respondió, muy orgulloso, que lo había leído en “Tradiciones Peruanas” de Ricardo Palma, un querido tradicionalista del siglo pasado.

Querer ir contra la corriente, luchar contra la penetración de la ideología capitalista (acaso paso previo antes del socialismo—obvio, por supuesto). El error corriente, cuando se llega a extremos, es rechazar mecánicamente y refugiarse en teorías que justifiquen nuestra poca fuerza ante una realidad abrumadora. Jugar teóricamente con el fin de la escuela y la nueva educación problematizadora, reflexiva y concientizadora. A veces, llegar a un sectarismo folklorista, de sobrevalorar la producción cultural del pueblo y tratar de impedir el curso del desarrollo social y económico. Intentar aislar a la comunidad virginal de la voracidad externa; buscar la autosuficiencia en el aislamiento y en frenar infinitamente el proceso de migración.

Pero la moda, en el campo, es reproducir la ciudad en la comunidad. Se piensa en plazas pavimentadas, en servicios de luz, agua potable, etc. Si fuera posible, cines, billares, supermercados, Pin-Ball, etc. Ese es el modelo de “desarrollo”, por eso, cuando uno les habla de su propia cultura o “no saben”, o bajan el orgullo y narran, como si fueran cuestiones ya superadas.

Muchas instituciones privadas de extensión rural tienen el pecado de la vehemencia. Van a las comunidades proclamando la validez de sus propios presupuestos teóricos, algunos, revalorando el conocimiento popular. Pero cuando van, un cómodo vehículo motorizado los acerca, también la estampa cuidada y limpia, por ahí, conversando con los campesinos, adoptan una actitud de afectivo paternalismo condescendiente. Mucho tiempo, anduvimos por esos

mismos caminos.

Por eso, cuando quisimos hacer un texto de lectura, trabajamos en forma indirecta, eran los profesores o algunos informantes comunales, con quienes manteníamos lazos de amistad personal, nuestras fuentes de información y recolección de datos. Jugábamos con los niños, conversábamos con las personas mayores, con respeto, con cariño. En este tramo del camino, mi compañera Carolina fue de mucha ayuda. La posibilidad de hablar con las mujeres, ese contingente humano más permanente en la comunidad, su entrañable amistad con un viejo patriarca de 96 años de edad, y fundamentalmente, hacernos perder el "respeto" que se tiene a la gente extraña, contribuyó en mucho para salvar barreras y hacer reflexionar a un antiguo profesor, hijo de la comunidad, a reconocer y recordar los antiguos conocimientos que su padre le había enseñado y que él había olvidado transmitirlo a sus alumnos.

Hablábamos de mi origen japonés, de que mis padres eran campesinos japoneses que por la miseria se habían visto obligados a migrar, hubo veces de contar antiguas leyendas japonesas a los niños, entonces, ellos, en respuesta, contaban los cuentos que habían escuchado de sus mayores. Cuando les pedíamos "cuentos", en una primera oportunidad; nos "contaban cuentos": La caperucita roja; los siete enanos, etc. Pero cuando les pedíamos cuentos del abuelo, las historias que contaban en la casa; entonces obteníamos materiales invaluable, que transcribimos sin añadir giros literarios y que estas versiones, como motivadoras, queden en las mismas comunidades.

Cuando concluimos nuestros estudios y redactamos el primer borrador del libro de lectura, nos dimos cuenta de que el libro necesitaba una guía para los maestros. "Pautas pedagógicas" para aplicar el libro de lectura escolar. Redactamos uno, con todos los términos "científicos" que conocíamos. Y bien, aparte de nosotros mismos, nadie más podía entenderlo.

Por eso, volvimos a redactar otra "Guía de lectura" más sencilla, con sugerencias concretas, para evitarle al maestro la necesidad de recurrir al diccionario. En el fondo, la guía de lectura conduce a una sistematización del cono-

cimiento popular, un método de recolección de tradiciones orales que obligan al estudiante a recurrir a sus padres, a reentablar el diálogo con ellos, a que a través del año escolar, descubran su identidad étnica, entendida como el conjunto de comunidad-hombre y producción cultural.

Posteriormente, con casos guiados y aislados, hemos podido observar la aplicabilidad del método; ajustado a las exigencias del proceso educativo escolarizado con un nuevo ingrediente: la investigación de la realidad local.

Investigar la realidad como fuente de conocimiento útil, posible base de una ciencia campesina. Con los esposos Carlier, voluntarios técnicos holandeses tuvimos una serie de experiencias en manuales técnicos para campesinos. En un principio habíamos trabajado sobre la base de buenas intenciones y propuestas de desarrollo; posteriormente, derivamos el trabajo hacia alternativas más reales. Investigando sobre control biológico de plagas, alimentos tradicionales y nutrición, medicina tradicional, etc. Fuimos comprendiendo que en la base misma del conocimiento popular existían grandes verdades pero que, por su situación asistemática, no era aprovechable en beneficio de los mismos campesinos. La recuperación de sus propios conocimientos —intuíamos—, les permitiría superar el grado de dependencia y subordinación al sistema económico-social dominante y sus concepciones culturales. En efecto, a lo largo de un proceso de rescate, pudimos observar el cambio de actitud de muchas personas frente a estas enseñanzas, en algunos casos, se les devolvía la confianza en el saber tradicional y, en consecuencia, reforzaron sus prácticas tradicionales, de modo que algunos informantes de medicina tradicional ahora han reforzado su posición como tales en las comunidades donde viven. Hay un fenómeno totalmente nuevo en la zona donde el libro de medicina tradicional se ha repartido: un rechazo acrítico a la Posta Médica y el retorno a sus prácticas tradicionales. Si bien, conjugan varios aspectos, tales como agudización de la crisis económica, presencia del libro en cada hogar campesino, producto de una donación; etc. Lo cierto es que la medicación natural ha dejado de ser práctica de ignorantes y se asume con una mayor confianza. Asimismo, cuando enseñamos el texto de lectura a un grupo de profesores urbanos y rurales, solicitaron el mismo para poder aplicarlo en el próximo

período escolar. Sin embargo, estos niveles aún prematuros, para aventurar conclusiones; nos indican que el camino abierto ofrece una posibilidad de permanencia fuera de la presencia del promotor cultural; es más, la recuperación del conocimiento popular está permitiendo una mejor comprensión del problema cultural en las comunidades.

Pese a todo, consideramos que nuestros esfuerzos aún no representa una alternativa de desarrollo acabada; pero, al abordar temas, "público específico", instancias institucionales del propio sistema, permite preveer una mayor persistencia entre la población y posibilidad de continuidad que, si se desarrollan alternativas surgidas por iniciativa de bases, si promueve a un mayor desarrollo de la creatividad, del rescate sistemático en el seno mismo de la población campesina, estaremos sentando las bases de una auténtica ciencia y cultura campesina que responda a sus intereses y a sus necesidades de desarrollo.



**NICOLAS MATAYOSHI** *Peruano.*

*Escritor especializado en edición de materiales técnicos para la educación popular, investigador del Universo Oral de la Cultura Andina. Publicaciones: Te amo (poesía); Los tesoros de Catalina Huanca (texto de lectura); Análisis de Códigos Orales en el Medio Escrito para Programas de Extensión Campesina (en prensa).*

*Dirección: Real 899. Ap. 310. Huanca-vo-Perú.*